

## LA SOCIALIDAD Y EL ADOLESCENTE ESCOLAR

El presente trabajo es el resultado de una encuesta realizada con 265 estudiantes de Enseñanza Media. En ella se les pidió indicasen su preferencia por la soledad o la vida sociable, rogán, doles explicaran los motivos que justificaban sus gustos. El formar parte de una serie de preguntas curiosas e interesantes para ellos, referentes a sueños, y el aprovechar estas mismas contestaciones para recoger datos indirectos, son causas de las conclusiones obtenidas.

El número de sujetos es el siguiente:

	AÑOS					
	11	12	13	14	15	16
Sujetos .....	25	44	73	68	35	20

Es digno de destacar el número de respuestas amplificadoras de la pregunta, ya que a partir de los catorce años más del 85 por 100 plantean problemas de su vida íntima, apoyados en el anonimato e impulsados por un ambiente propicio. Hasta esta edad, un 30 por 100 se niega a especificar, dato que parece indicar una menor colaboración, quizás motivada por la oposición que manifiestan los niños de esta edad a revelar sus secretos.

Para su estudio se han considerado sociables los individuos que gustan de la vida extraversa y un campo amplio de amistades; y no sociables los que, buscando más la interioridad, prefieren la soledad, la vida familiar o un número reducido de amigos.

La primera nota que llama la atención es el relativo gran número de adolescentes que atraviesan sin crisis esta etapa, recibiendo y acoplando con facilidad los nuevos fenómenos que se dan en la vida. Frente a las opiniones de Bühler, Spranger, Menousse y tantos otros, que admiten una casi universalización de

la adolescencia como crisis, con sus fases negativas, inestabilidad, labilidad y caos interno, de los sujetos experimentados se desprende el siguiente porcentaje de adolescentes cuya vida es y ha sido tranquila y feliz.

Porcentaje de adolescentes que manifiestan tener una vida sin grandes alteraciones:

	AÑOS					
	11	12	13	14	15	16
Sociables .....	22	11	15	8	11	14
No sociables .....	20	12	5	8	3	
Total .....	42	23	20	16	14	14

A modo de corroboración son dignas de destacar algunas de las respuestas dadas por éstos:

(14-5) «Yo por ahora no tengo ningún revés en la vida, ya que todo se me ha presentado, al fin y al cabo, dorado, como se suele decir.»

(13-8) «Lo único que me ha preocupado y me preocupa es que me faltan ocho pesetas para el regalo del Día de la Madre.»

¿Cabe algo más opuesto a la tragedia, huir de casa, morbosidad sexual, etc., que la satisfacción y placidez que desprenden estas contestaciones?

El cuadro pone al mismo tiempo de manifiesto la mayor correlación que existe entre sociabilidad y vida sin grandes problemas (compárese con el cuadro núm. 3).

Pero este porcentaje no representa más que un 20 por 100 aproximadamente del total de los adolescentes. Para el resto, la entrada de la sexualidad, la estructuración idealística del mundo y el contraste de ésta con la realidad, dan lugar a nuevas formas, desórdenes y problemas que embargan estos años, los más interesantes de la vida para la formación de la futura personalidad del adolescente.

*Sociabilidad.*—Agrupando los sujetos bajo este aspecto se obtiene el siguiente cuadro de porcentajes:

	AÑOS					
	11	12	13	14	15	16
Les gusta la intimidad..	36	43	42	42	40	30
Les gusta la sociabilidad.	56	41	41	44	34,4	45
Les gustan las dos cosas.	—	11,5	11	8,4	20	25
No especifican .....	8	4,5	6	5,6	5,6	—

Como se ve, existe un pequeño incremento en la preferencia por la vida de intimidad desde los doce a los quince años, la etapa más innovadora y en la que el individuo se encuentra extraño consigo mismo. Asimismo aumentan las preferencias por una vida de posibilidades en ambas posturas, según las circunstancias que rodean al sujeto.

*Intimidad.*—Empleo esta palabra en el sentido de limitación externa, de vida en un ambiente reducido de amigos o familia; en definitiva, de huída del bullicio. Bajo este aspecto engloba una serie de motivos y tipos que evolucionan grandemente a través de la adolescencia.

En la etapa prepuberal (once-dos años) se prefiere la vida familiar, en la que encuentran sostén y ayuda. El niño está conexiонado a su casa y en ella halla su mayor alegría y felicidad: «Me gusta estar con la familia, porque entonces estoy alegre de estar todos juntos y además puedo jugar con ellos» (11-11). Y esto se demuestra en la encuesta, citando a su familia como centro de sus preferencias en un 23 por 100 de los casos a los once años (que supone casi un 58 por 100 de los jóvenes que prefieren un círculo reducido en sus relaciones). Gusto que disminuye con la entrada de nuevos factores que captan su atención; entre ellos la auténtica amistad o la tendencia a la soledad. Es esta segunda etapa el comienzo del enfrentamiento con el mundo con deseo de independencia. Por otra parte, una serie de roces, castigos que cree inmerecidos e incomprendión de los padres, originadores en otra edad de una corta y abierta oposición, dañan su vida afectiva y sus construcciones éticas, siendo de efecto permanente y profundo. En el siguiente cuadro se contraponen dos aspectos de estas relaciones.

Porcentaje de veces que mencionan preferir la vida familiar y deseos de huir de casa por malos tratos:

	AÑOS					
	11	12	13	14	15	16
Vida familiar .....	23	16,2	11,7	6	14	5
Deseos de huir .....	4	2	3	13	8	15

La intimidad sufre, pues, una evolución y hacia los catorce años es sustituida por dos formas especiales: la busca del amigo y la soledad.

En las etapas anteriores se entiende por amigo el compañero de juegos, la persona que tiene una unión externa con el niño. Pero a esta edad la comunidad se desintegra y la amistad se convierte en unión psíquica. A este propósito es curiosa la entrada en la investigación de la palabra «íntimo». Comienza a mencionarse a los doce años, y a los catorce es citada en el 25 por 100 de los casos (60 por 100 de los que gustan la intimidad), explicando incluso el sentido que asignan a dicha palabra. A los 13-8 dice uno: «Con un amigo íntimo, porque tengo confianza en los amigos íntimos»; y otro a los 14-3: «Porque estando solo o con un amigo se habla con más espíritu y más franqueza y se siente uno más a gusto»; o «porque parece que a él le pasa lo que a mí» (14-11). La amistad en esta época es, como dice magníficamente Bühler, «una alianza ofensiva y defensiva; se basa en el amor y en la fidelidad; es pensar, sentir, jugar, trabajar, leer y pensar en común; es vida psíquica en común a lo largo de años» (1). Unión que se basa en una necesidad de expansión —«me gusta expansionarme con alguien»— no siempre satisfecha, por lo que muchos abocan a la soledad; «yo prefiero estar completamente solo, y se debe a que no he tenido todavía ningún amigo, a pesar de que me gustaría tenerlo».

Especial importancia reviste la soledad, que no se da a los once años; pero a partir de los doce alcanza cifras que oscilan entre el 8 y el 15 por 100, con máximos a los catorce y diecisésis años.

(1) Ch. Bühler: *La vida psíquica del adolescente*, pág. 129.

Puede tener muy diversas causas, y en sus formas extremas alcanza lo patológico.

La soledad puede ser buscada por un superior aprecio de la vida cognoscitiva. Estos seres, auténticamente introvertidos, gozan con su vida interior espiritual descubierta en esta edad y hu yen de lo que les separa de ella. Bastante frecuentes, tiene sus causas en «para poder razonar», «porque me gusta soñar mucho», o «para tranquilidad de espíritu». En otros supone una admiración de la belleza externa, principalmente de la Naturaleza: «Vivir en un ranchito con caballos y mucho campo para galopar» (13-8); o «porque me gustan los grandes espacios y creo que me pasaría yo solo el resto de mi vida en el campo; correr por él, con el cielo por techo; cazar y con ello comer; dormir en el suelo, con un perro fiel por compañero y los animales que fueran» (14-6). Esta dirección, fácilmente explicable en la adolescencia, no supone una perturbación, sino, por el contrario, una de las características de la edad estudiada.

Existe una segunda dirección sumamente peligrosa: es la que busca la soledad de vuelta de lo social, por desengaños familiares o de amigos, por castigos inmerecidos, por derrumbe de sus ideales; en definitiva, por una injustificada presión del medio ambiente sobre él. Son corrientes las expresiones: «Me han escarnecido los amigos que tenía» (14), o «los maestros, los padres...». Las manifestaciones de deseos de huir de casa, la mayoría de las cuales se encuentran entre los que prefieren la soledad, son buena prueba de ello. Sin tener tal importancia, pero sí digna de mención, es la respuesta con que un niño de trece años se queja de los maestros y sus injustas calificaciones: «¿Por qué los señores maestros no son mejores con los alumnos? Ellos no comprenden lo que es el suspenso. Bien lo pensé aquel día, y ahora veo que en este mundo existen injusticias. Por favor, ¿es que ellos no han sido niños y no han visto lo que es el suspenso? Si alguien se dignara leer este papelito... ¿No podrían hacer algo inscribiendo en periódicos y radios? No es este papel, sino dar a conocer en artículos la maldad, digan lo que digan, de los maestros.»

Una tercera causa de la soledad se manifiesta con la extrañeza y pavor que producen en el sujeto las apariciones de determinadas reacciones e instintos. Preocupado por su nueva forma de

ser, procura ocultarla, siendo frecuente causa de esta forma de soledad el «porque no quiero que todos se enteren de mis vicios y tendencias» (13-7), o el «para no revelar las cosas que hago».

*Sociabilidad.*—Muy distinto carácter tiene la sociabilidad que al principio se busca para satisfacer las necesidades del juego y posteriormente pasa a recubrirse de un matiz ético.

En los primeros años de la adolescencia es el juego el que lleva a ella: «Prefiero correr, chillar, jugar a toda clase de juegos, y sobre todo juegos de lucha, ejercicios de natación, fútbol, etc. Porque me gusta la lucha y la alegría, no estar solo como una ostra» (13); o «cuando estoy solo, me entristezco y me aburro» (13). Y es digno de tener en consideración que en muchos de ellos este buscar a los demás tiene una raíz no sólo activa, sino como huída de la soledad. Hay casi un 5 por 100 que manifiesta claramente buscar la diversión por miedo a estar solo: «Me gusta estar con mucha gente, con mucho bullicio, no; pues estar solo me da un poco miedo por cosas que no puedo revelar por serme completamente oscuras, y ustedes no me entenderían» (11-2); «con mucha gente, porque solo tengo mucho miedo a algo» (14-3).

Es curiosa la mención del miedo. Si consideramos a éste como «una emoción-choc que acompaña a la presencia o representación de un peligro» (2), hay que considerar que dicho peligro está basado en la sensación de extrañeza por su interior. Es un miedo subjetivo distinto del que experimenta el mismo niño ante la oscuridad. Ni siquiera temen a la soledad, sino que, explicando más, dicen «a algo», «a cosas que no puedo revelar por serme oscuras». En ello hay que apreciar, pues, una sensación de angustia y malestar, aumentada quizás por los sueños, frecuentemente de caídas en el vacío, de objetos que los aplastan, así como la sensación de pecado ante la vida sexual que surge.

Esta tendencia a la sociabilidad buscando en ella la diversión sigue manteniendo la prioridad en toda la adolescencia; pero la diversión pierde su jocosidad. El sujeto va abandonando el ruido y jolgorio para buscar la distracción y la situación más agradable. Al mismo tiempo van entrando en escena otras formas de sociabilidad, basadas en un puro sentido social, crítico o práctico.

---

(2) Ley-Wauthier: *Etudes de Psychologie instinctive et affective*, página 103.

A partir de los trece años, y siempre en aumento (20 por 100 a los quince años), se busca la sociabilidad «porque el hombre tiene que servir a la sociedad» (15), o «por ser la manera de ser más bonita, con amistades por todos los lados, por todas partes» (13-8). El joven se inserta en un mundo social, establece lazos y conexiones y de ellos depende su deber de sociabilidad.

No siempre se tiene una idea tan pura, escogiendo otros esta forma de vida en cuanto es requisito necesario para el triunfo, entendiendo éste a la manera del adolescente, como admiración: «Prefiero estar en compañía de muchos, porque me gustaría triunfar en la vida, llegar a ser una gran personalidad, no una buena carrera, ser financiero, etc., sino simplemente ser admirado.»

*Relación entre la sociabilidad y los problemas de la adolescencia.*—El siguiente cuadro indica las manifestaciones hechas por los estudiantes de sus problemas. Las cifras encerradas en paréntesis expresan las pertenecientes a los que prefieren la intimidad.

Porcentaje de problemas existentes en los adolescentes, manifestados por ellos mismos:

	AÑOS					
	11	12	13	14	15	16
Problemas religiosos..	8 (8)	—	3 (3)	5 (2)	4 (4)	—
Quejas de amigos y profesores .....	—	—	5 (5)	4 (2)	5 (5)	5 (5)
Quejas de padres ....	—	—	—	5 (3)	—	2
Deseos de huir de casa .....	4 (4)	2 (2)	3 (3)	13 (5)	8 (5)	15 (5)
Problemas sexuales ..	8 (8)	10 (5)	16 (10)	13 (6)	14 (8)	15 (10)
Problemas eróticos ..	—	5 (5)	1	12 (9)	12 (7)	10 (5)
Sueños sexuales .....	8 (8)	12 (5)	16 (6)	27 (13)	41 (25)	30 (10)

Y separando los totales resulta:

	AÑOS					
	11	12	13	14	15	16
Sociables .....	—	12	17	39	30	42
No sociables .....	28	17	27	40	54	35

Observando los dos cuadros se pone de manifiesto la mayor frecuencia de problemas en los no sociables, estabilizada al final a causa de un aumento de sueños sexuales y tendencias a huir de casa, quizás basadas en la misma sociabilidad.

Merece destacarse al mismo tiempo la diferencia de ambos tipos de jóvenes en cuanto a sus quejas contra la sociedad, en forma de maestros, amigos y padres.

Resumiendo:

En la adolescencia se encuentra el niño con fuerzas y tendencias nuevas. Ante ellas puede comportarse de modo normal y tranquilo, recibiendo y acoplando el enriquecimiento de su vida. Pero la mayoría de las veces se vuelve hacia sí, surgiendo toda una problemática en torno al interrogante: ¿qué es lo que ocurre?

La preocupación por su vida, unida a una mayor susceptibilidad y pudor —entendiendo por tal la vergonzosidad por la propagación de sus secretos—, le hace vivir más la intimidad, desmembrando la sociedad, al tiempo que se da una progresiva preocupación afectiva por cosas y seres que no están en el ámbito familiar, así como una búsqueda de la comprensión. Unos son conducidos por esto a la soledad o intimidad con un reducido número de personas; otros buscan la sociedad en su exterior y banalidad, deseosos de no atender a sus variaciones. En todos, el cambio de la etapa prepuberal es recibido con extrañeza y angustia, evidente por las manifestaciones que hacen, o por los sueños-pesadillas que suelen tener a los once-dosce años.

JUAN GARCÍA YAGÜE  
Becario del Instituto «San José de Calasanz»  
de Pedagogía